

CRÓNICAS POLICIALES

¡Oficial, oficial, me acababan de asaltar!

Esta historia llegó hasta nuestra editorial de forma anónima, en sobre sellado y firmado por el Cisne Negro. Es una historia cotidiana, sobre situaciones que vive el pueblo. Sus personajes centrales son policías, héroes anónimos que con su esfuerzo diario hacen las calles más seguras

Por Cisne Negro

Esta historia casi termina con el sonido del cerrojo de un arma y un contundente ¡manos arriba!

Empieza como cualquier típica mañana en Tegucigalpa. El día está sumergido en una ola de tráfico que parece interminable. No puede faltar el sonido de las bocinas y uno que otro insulto de algún ciudadano alterado porque va tarde a su trabajo o cualquier otro lugar de destino. Creo que a veces se trata de gente que sólo sale a pasear e insultar porque está aburrida. Los escapes de los carros truenan y expelen una humareda negra y caliente que se te queda pegada en la piel y en los conductos nasales.

¿Quién es el Cisne Negro?



Quisiéramos decirles que sabemos quién es el Cisne Negro. La verdad es que no, para nosotros también es un misterio. Nos sorprendió que el viernes 5 de mayo de 2023 recibimos un sobre sellado en las oficinas del SEUNPH (el Sello Editorial de la UNPH). El sobre contenía la historia que publicamos hoy, firmada por el Cisne Negro. Quién sabe por qué escogió este seudónimo, el caso es que el lunes 8 recibimos una historia más y el viernes 19 otra, con las mismas misteriosas características.

Empezamos a especular sobre quién era el autor. Es casi seguro que se trata de un policía, las historias que nos envía tratan sobre el diario vivir de los policías, por eso lo sospechamos. Cuenta los hechos detalladamente, con una sensibilidad casi femenina que lo hace reparar hasta en el mínimo detalle humano, así que también hemos sospechado que se trata de una mujer, tal vez una agente de policía de esas que se han formado en el trabajo de calle. O tal vez es hombre, un policía con espíritu de cronista que ha decidido contar la ciudad, sus aventuras casi surrealistas entre el tráfico, el calor y la bulla. Igual es sólo una sospecha.

En realidad hemos concluido que no nos interesa la verdadera identidad del Cisne Negro, lo importante son sus historias, vivencias de policías que merecen ser narradas y conocidas. Por eso, esperamos que nos mande más historias que estaremos publicando en los próximos números de nuestra revista. Si usted quiere ser un poco como el Cisne Negro, mándenos sus historias policiales también, nosotros las revisamos y haremos hasta lo imposible por compartirlas con nuestra comunidad. Este es nuestro punto de contacto: selloeditorialunph@gmail.com.

Este escenario es algo que nuestros agentes de tránsito están acostumbrados a ver. Costumbre que han adquirido no por placer, sino porque el ejercicio de sus funciones así lo ha obligado. Aquel día todo parecía marchar normal y el clase I Pastrana sonreía con una especie de júbilo matinal: al finalizar el tráfico más pesado se avecinaba una mañana tranquila. Al menos eso creían él y su compañera, la agente Díaz Girón, quienes se encontraban ejerciendo sus labores frente al Estadio Nacional de Tegucigalpa.

Faltaban sólo unas horas para finalizar su turno y ellos se imaginaban con una taza de café negro y dos mamas enormes frente al negocio de doña Chona. De pronto pasó eso a lo que todos los policías le temen antes de finalizar su turno de servicio, un evento inesperado que obliga a las personas habitualmente calmadas a hablar rápido y entrecortado. Al principio parecía algo inocente: a lo lejos, una persona se acercaba cada vez más, con prisa y desesperación. Se trataba de una señora que acababa de tener el peor de los sustos, se miraba colorada, sus nervios estaban a flor de piel. Y gritó:

—¡Oficial, oficial! Mire que ese señor nos acaba de asaltar y anda armado

—¿Dónde? ¿Quién? —dijo en el acto el oficioso Pastrana.

—Ese que va allá, subiéndose en ese bus, con el suéter rayado. ¡Haga algo, por favor!

Inmediatamente el policía corrió tratando de alcanzar aquel bus donde se trasladaba el dueño de lo ajeno. Cuando este hombre observó que alguien lo seguía, miró hacia todos lados como bestia acorralada y decidió abandonar la unidad de transporte justamente frente al semáforo, que en ese momento cambiaba de co-





lor verde a rojo. Nadie juzgue mal una decisión tan atolondrada, hay que recordar que en situaciones de estrés no siempre decidimos bien.

El policía, que en ese momento llevaba una cuadra de desventaja, apenas observó la acción del delincuente, pero en ese instante le vino una idea a la cabeza. Sin dudar, abordó la parte trasera de una motocicleta cuyo conductor se encontraba en primera línea esperando el cambio de semáforo. Con voz firme y como si se tratara de algún subalterno, le ordenó al sujeto: *¡Sigamos a ese hombre que es un ladrón!*

El joven motociclista, que en ese momento fue recorrido por un escalofrío que le hizo temblar desde el bajo vientre hasta la barbilla, sin dudar y

con mucho entusiasmo acató la orden. Aceleró cuanto pudo, imaginándose como uno de los personajes principales de esa aventura inesperada.

Con la adrenalina corriendo por su sangre, Pastrana, desde la parte de atrás de la moto, prestó atención por primera vez a su compañera. No le había dado ninguna instrucción, por lo que no esperaba que imitara su acción, pero ella estaba justo a la par, en otra motocicleta, con aire de estar persiguiendo una fiera en un safari.

El ladrón mientras tanto corría como un atleta olímpico entre la multitud. Tomó entonces

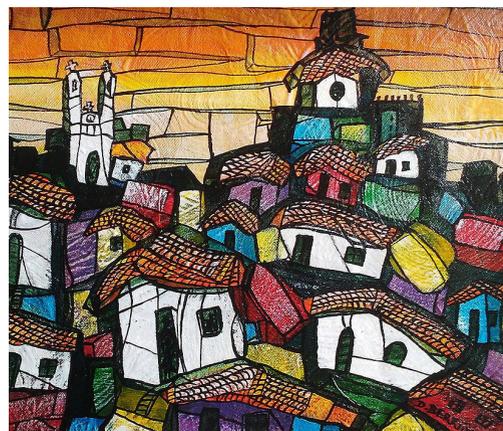
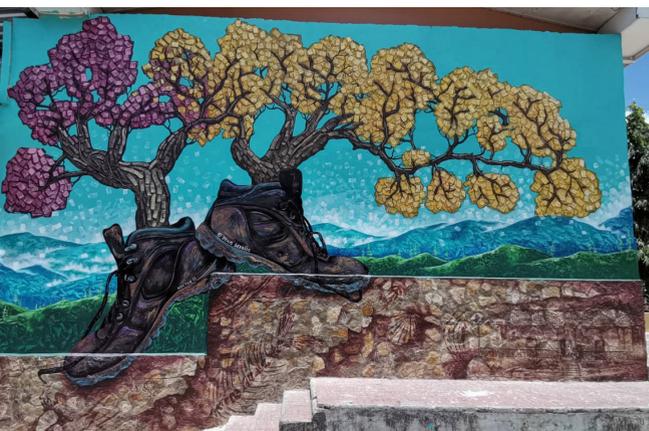
por un pasillo estrechísimo por donde las motocicletas no podían seguir. Los policías se bajaron rápidamente y, antes de seguir, agradecieron a los ciudadanos por su gran colaboración en la persecución. De ahí en adelante continuaron la búsqueda "a pie", interrogando a varias personas sobre el destino del delincuente. Las respuestas obtenidas eran "por sí ahí se metió", "agarró derecho", "por ahí", "dobló a la izquierda", "lo vi correr hacia la derecha", etc. Era como ser un barco de velas en medio de un huracán.

Al fin llegaron a una cuadra llena de negocios, entre ellos una tienda de ropa usada.



El ilustrador

Las ilustraciones que acompañan a este texto pertenecen al pintor nacional Denis Berrios. Este artista, creador del proyecto Art3 D-Barrio, pinta murales que embellecen la ciudad, una forma de generar espacios de paz, contemplación y convivencia mediante el arte.



—*Empecemos por aquí* —dijo Pastrana—. *Quédese usted afuera por si sale* —le indicó a su compañera.

La gente se reunía en el lugar como atenazada por la curiosidad. Reaccionaban asombrados a lo que sucedía, atentos a la escena que ante ellos se presentada, olvidando así la cotidianidad del día, el calor y hasta el desempleo.

—*Señora, disculpe, buenos días, andamos buscando una persona que acaba de asaltar un bus* —le dijo Pastrana a una abuelita que estaba enfrente de una venta de ropa y luego procedió a describir la vestimenta del sujeto. — *Creemos que aquí está*—.

—*Aquí no está* —dijo la señora, algo nerviosa y pedante—, *pero pase*.

Una vez dentro de la tienda, Pastrana observó con detalle a cada persona que se encontraba ahí. Le llamó la atención un tipo que usaba una gorra y fingía buscar ropa en uno de los percheros. Su intuición de

policía le permitió pronunciar con satisfacción un pensamiento en voz alta: *¡jeste es!*

—*Caballero, permítame su registro*.

El hombre hizo el intento de moverse y se llevó una mano a la cintura, como buscando un arma. Pastrana reaccionó rápidamente, sacó su pistola, le quitó el cerrojo y pronunció un contundente: *¡Manos arriba!*

En su intento de evadir la justicia el asaltante ya se había cambiado de ropa. En el registro de su mochila encontraron un suéter rayado, una navaja, un par de patines, un pasamontaña, una cartera de mujer y, lo más sorprendente, un arma de juguete.

Pastrana salió de la tienda como un héroe, con el sujeto “esposado”, en un pequeño desfile acompañado de expresiones de aprobación. “*¡Esta bueno que atrapen a esos ladrones!*”, se escuchaba decir a la multitud de curiosos.

Lamentablemente, al regresar al lugar donde comenzó la

persecución, ya no se encontraba la señora que informó sobre lo sucedido. Se había marchado y con ella se llevó la posibilidad de interponer una denuncia formal para encarcelar un buen tiempo al ladrón. Se remitió al susodicho a los tribunales con la evidencia presentada, pero el fiscal determinó que no era suficiente. Y es así como la hazaña del día terminó con una simple remisión de 24 horas en una de las postas de Tegucigalpa.

El resto de la mañana, Pastrana y la agente Díaz Girón miraron cómo el tráfico se hacía cada vez más ralo y pensaron que a las 12 del mediodía habría una ola de carros interminable, que el pavimento estaría tan caliente que podrías hacer tortillas en él y ellos estarían donde doña Chona. Sonrieron mientras cada uno se imaginaba tomándose un fresco bien helado.

—*En la tarde nos tomamos el café* —dijo Pastrana. En la calle, un taxista gritó algo que se perdió en el viento.